

se denomina un “trabajo de campo” a través de la geografía norteamericana. Las 16 contribuciones de los 27 autores se organizan en cuatro secciones: de qué se trata la Geografía, lo que los geógrafos hacen, cómo piensan los geógrafos y por qué los geógrafos piensan como piensan.

Más allá de esta división, que no deja de ser artificial, algunas cuestiones recurrentes resultan interesantes y están, en general, sugerentemente planteadas. Por ejemplo las que atañen a cartografía, Sistemas de Información Geográfica, teledetección y otras nuevas técnicas. En los distintos capítulos en que se abordan estas cuestiones (el 4º, “Representaciones del mundo”, el 5º, “Observación”, el 6º, “Visualización”, el 7º, “Análisis” y el 8º, “Modelización”), se insiste, en primer lugar, en la ventaja que supone que los SIG devuelvan a la Geografía su identidad cartográfica y confieran al fin a la cartografía dentro de la Geografía una verdadera carta de naturaleza frente a su estatuto marginal anterior. Pero, partiendo siempre de que la cartografía asistida no sustituye a la cartografía tradicional, sino que la complementa. En segundo lugar, los SIG pueden suponer una revolución en el análisis espacial como los paquetes estadísticos la supusieron en el análisis estadístico en los años sesenta, pero siempre que se identifiquen las preguntas apropiadas que hay que hacer al sistema y la escala del análisis. De modo que los nuevos sistemas pueden, según el uso que sepamos hacer de ellos, convertirse en lenguajes de comunicación o de mayor incomunicación aún. Pero, en todo caso, es reconfortante que se admita de nuevo y rotundamente, que un buen mapa es una de las mejores maneras de transmitir los resultados hallados a las nuevas generaciones de geógrafos, siempre que haya claridad en los procedimientos.

La otra gran cuestión presente en el libro es la de la revitalización de la geografía regional (cap. 3º: “Lugares y Regiones”, cap. 10º: “Localización, lugar, región y espacio”; cap. 12º: “El continuo local-global”). Los autores constatan la persistencia del enfoque regional y la consistencia con la que se sigue trabajando a las escalas intermedias, con modalidades distintas que van desde la geografía histórica regional de corte tradicional a la región sistémica pasando por la economía política regional y la ecología política. En lo que a la geografía histórica se refiere, se insiste en el éxito de público que está teniendo la publicación, por parte de un geógrafo histórico joven, Donald Mainig, de una *Formación de América* en varios volúmenes. En lo que toca a los últimos aspectos mencionados, se discute la dimensión regional de los problemas ambientales y cómo el discurso ecológico debe considerarse geográficamente en el marco crítico de la gestión de los recursos locales. En cualquier caso, el estudio regional aparece como el lugar de encuentro de esa actitud de *thinking globally and acting locally* (página 273) que, con la capacidad sintética de la lengua inglesa, expresan autores de la talla de Derek

Gregory o William Meyer. El análisis y la síntesis regionales, concluyen los directores en el último capítulo, goza de nuevo del favor de los geógrafos jóvenes y la geografía norteamericana se beneficiará en gran medida del renacimiento de este patrimonio geográfico (página 393).

En su capítulo final, los directores sacan la conclusión de que el recorrido efectuado en el libro les ha deparado una imagen de la geografía norteamericana menos fragmentada de lo que era de temer, pero también menos coherente de lo que es de desear. De ahí que se planteen dos objetivos: reforzar el diálogo entre la geografía física y la humana, ya que sólo un número escaso de geógrafos físicos de “mente estrecha” y otro igualmente reducido de geógrafos humanos de “aldea” (págs. 337 y 397) pueden desear la separación. Lo contrario sería un error trágico que heriría muy gravemente a la disciplina en el preciso momento en que la sociedad necesita una visión sintética y coherente de cómo la humanidad usa y abusa de su medio físico.

El otro objetivo es sacar a la Geografía americana de su parcial autismo, que sepa reencontrar el lenguaje para conectar con la sociedad y que reinicie los estudios de otros ámbitos regionales del mundo. El país necesita, creen los autores, los puntos de vista de los geógrafos regionales.

Por los que es de desear que los geógrafos jóvenes no cometan los errores de sus mayores. Por dos veces en este siglo, con un intervalo de 35 años, los geógrafos han vaciado la bañera, arrastrando el agua al niño que estaba dentro, como significativamente dicen los autores. Primero, cuando al romper con el determinismo ambiental abandonaron toda investigación teórica y los métodos cuantitativos asociados. Por segunda vez, en los años cincuenta, cuando la reacción teórica y analítica supuso el abandono de la dimensión cultural y regional de la geografía. “Los geógrafos americanos pueden hacerse con una disciplina coherente, sintética y global siempre que tengan la voluntad, —la buena voluntad—, la imaginación y la valentía de crearla”.

Con estas palabras concluye GIW. Es de desear que sus buenos auspicios se cumplan, entre otras cosas por la parte que nos puede llegar a tocar.— JOSEFINA GOMEZ MENDOZA (Universidad Autónoma de Madrid).

PITTE, Jean-Robert: *Terres de castanide. Hommes et paysages du châtaignier de l'Antiquité à nos jours*. Fayard, Paris, 1986, 479 págs.

El autor ha elegido como tema de estudio el análisis de la formación histórica de un paisaje rural que gira en torno a un árbol, el castaño en un ámbito histórico y territorial muy extenso, la Europa occidental desde la antigüedad hasta nuestros días. Es una opción alternativa a los estudios regionales que

ya han realizado con anterioridad otros autores, entre los que destaca Huetz de Lempis con su estudio sobre el viñedo en el NO de España. Tal planteamiento exige el recurso a las fuentes y bibliografía más heterogéneas, desde los textos de los clásicos hasta las etimologías y la palinología. Esto le permite construir una bella historia de un paisaje rural evocador pero de dramático significado para sus constructores, el campesinado.

Las condiciones ecológicas del castaño no son muy exigentes pues crece sobre suelos en los que otros cultivos no prosperan, pobres, ligeros, ácidos, bien drenados pero no secos y de cualquier pendiente. No es más exigente con las condiciones climáticas, pues fructifica con un mínimo de 600 mm de precipitación anual, siempre que no haya heladas tardías. Sin embargo, las cosechas abundantes y los buenos frutos se dan en los años de verano seco y húmedo, según dice el refrán, "En agosto arder y en septiembre llover".

A pesar de ello, el castaño se ha cultivado en las montañas silíceas del sur de Europa por necesidad y sólo ocupa una ínfima parte de las regiones que le son potencialmente favorables. Su difusión estuvo ligada a condiciones técnicas, económicas, demográficas y culturales. Los castañares europeos, de madera o fruto, son el resultado de una intervención humana que aplicó técnicas procedentes del Próximo Oriente, a través de Grecia y luego de Italia. Con ello, la cuestión de la autoctonía, demostrada por la palinología, pasa a un segundo plano. Además, una vez abandonado el cultivo, las parcelas son invadidas por las distintos *Quercus* y otras especies forestales.

Los romanos difundieron su cultivo por la Campania y el Piamonte, pero sólo es con el renacimiento de la agricultura en la Edad Media cuando la castaña adquiere una importancia notable en la alimentación, aunque no llega a ocupar el monopolio del paisaje ni de la economía rural. En Italia se difunde su cultivo por El Piedemonte, Liguria, los Apeninos, Toscana y Campania; en Francia en las regiones del Macizo Central; En España en Galicia y la montaña cantábrica; en Suiza en el Tessino y en Tras-os-Montes en Portugal.

El castaño se plantó como frutal, árbol del pan, capaz de proporcionar el alimento a la población en unas zonas donde cualquier otro cultivo no permitiría el mismo nivel de densidad demográfica. El autor lo describe muy bien cuando dice que, ante la presión demográfica, el paso al castañar es una verdadera revolución agrícola porque intensificó la producción sobre un espacio de cultivo estable. El castaño se asemeja al maíz, a la patata, a la alfalfa. Es una respuesta bien adaptada y contribuye a alejar el espectro del hambre. La originalidad es que se trata de una especie ya conocida y que el retroceso del cereal ante el castaño se realiza simultáneamente en muchas regiones de Europa. Además, con 20 días de trabajo por año y ha. un castañedo adulto y

bien cuidado produce 15 QM/Ha, tres veces más que una tierra cerealícola. Para obtener el mismo rendimiento calórico sería preciso recoger 17 QM/Ha de cereal, rendimiento impensable en las tierras ocupadas por el cereal.

El paisaje del castañar es variado, soto de castaños bravos próximos a las viñas; aislado o en grupo cerca de una casa; en el límite de una parcela sobre el talud o en el borde de la misma cercano al muro; en diseminado sobre parcelas labradas o en plantación laxa con otros cultivos; incluso en algunas regiones (Piamonte, Cévennes) se construyen los secaderos en el castañedo, aunque generalmente forman parte de la arquitectura doméstica.

La castaña se ha consumido de diferentes formas, frescas o secas: asadas (un manjar con vino nuevo o con sidra dulce); cocidas y trituradas para elaborar una polenta que se acompaña de queso fresco, charcutería o huevos fritos (en Italia); molidas para fabricar harinas (pane di castagna, Toscana); o mezclada con harina de cereal en los años de penuria (Limusin, Galicia). Según las regiones, las castañas tienen un protagonismo en la alimentación humana durante el otoño y, secas, en la época de soldadura (Limusin, Périgord, Galicia) o a lo largo de todo el año, allí donde dominan el terrazgo (Apeninos, Piamonte, Castagnicia corsa, Cévennes).

Aunque la alimentación no es sistemáticamente la expresión de pertenencia a una clase social, la castaña es el alimento de los pobres, aunque no le falten elogios por su calidad y sea la base de la preparación culinaria más cara del mercado. Si en la ciudad el vendedor ambulante de castañas asadas simboliza la estación fría, también aquí es donde se asoció con el azúcar. Sólo desde el momento que se difundió el cultivo de la remolacha azucarera (Cévennes, Apenino, Córcega) se prepararon confituras o cremas de castañas, siendo el "marron glacé" la preparación más noble, fabricado industrialmente desde 1881 en Ardèche.

El castaño, bravo o injerto, también se cultivó para explotar su madera. Ya en la Antigüedad, pero sobre todo desde la Edad Media de la mano de las abadías, el castaño acompaña a la viña (Alsacia, región de París) pues le proporciona rodrigones, duelas y aros para las cubas. En Burdeos dominó el roble en la fabricación de cubas hasta el siglo XVI, pero luego se difundió el castaño. Pero la madera también se utilizó para construir puertas y ventanas, cierres de fincas, armazón de casas, en cestería, dando trabajo a profesiones especializadas.

Después de una época de difusión máxima, el retroceso del castañar se escalona, según las regiones, desde el siglo XVIII. Las causas son demográficas, el éxodo rural de los más pobres principalmente, lo que hace menos necesario el "árbol del pan"; pero, sobre todo, el abandono del castañar es la revolución agrícola con la introducción de nuevas plantas: maíz en el Tesino y el litoral gallego, la

patata en el siglo XIX en todas partes, el viñedo y el olivar en Pistoia, la morera en Cévennes; la introducción por ferrocarril de los correctores básicos en Limusin permitieron el cultivo de cereales y la difusión de la pradera. Cualquiera que sea la forma, la tendencia es convertir los sotos de castaños emplazados en las mejores zonas en tierras de labor.

Pero el factor más importante en la desaparición del castaño a lo largo del siglo XIX fue la coincidencia de factores bien heterogéneos como la expansión de las enfermedades de la tinta y el chancro y las necesidades crecientes de tanino por las industrias. A partir de los años veinte del siglo XIX los sederos de Lyon utilizaron el tanino procedente del castaño para obtener tinte de color negro, luego se descubrió que también tenía propiedades curtientes. En 1860 se presentó una patente de obtención de tanino y en 1914 ya había 37 fábricas en Francia y otras tantas en Italia, localizadas precisamente en las zonas plantadas de castaños. La corta de los árboles suponía un ingreso equivalente a la cosecha de un año, una corta capitalización, pero era la única forma de rentabilizar los árboles enfermos. Además la venta suponía la obtención de dinero fresco, que el campesino invirtió en la mejora de la casa y de la explotación, y la tierra libre se dedicó a otros cultivos. En realidad se produjo una situación similar a la del viñedo afectado por la filoxera: desaparecieron los castañares de las zonas marginales y se mejoró la calidad con variedades de mayor rendimiento y resistencia de los mejor emplazados.

Esta práctica que beneficiaba a campesinos e industriales chocaba con la política que el Estado pretendía aplicar. Desde el siglo XVIII administradores y agrónomos estaban en contra del castaño, árbol inmoral porque da fruto sin exigir trabajo a cambio, aunque por necesidad se sigue plantando. En el siglo XIX y XX la situación se modificó. Administraciones, forestales, escritores regionalistas tratan de impedir su abandono mientras los árboles interesan cada vez menos a los campesinos. En conjunto la política del castañar está inadaptada a las realidades locales: cuando era indispensable para la supervivencia de los corsos, Luis XV prohibió las plantaciones; cuando ya no es necesario, la madera interesa a los industriales y los árboles están enfermos, el prefecto impide las cortas.

Si las primera medidas para impedir la desaparición del castañar se tomaron en Suiza, Italia y Francia en el siglo XVIII, sólo a finales del siglo XIX el castaño deja de ser considerado como árbol frutal para pasar a ser "parte de la riqueza forestal" y, en consecuencia, los estados adoptaron medidas generales sobre las cortas y la lucha contra las enfermedades (de ámbito nacional contra la tinta e internacional contra el chancro), en la que desempeñan un papel importante las variedades procedentes del Japón, en donde se ha desarrollado una verdadera civilización del castaño en algunas regiones (Kanto y litoral interior) desde la época Meiji.

A pesar de que a partir de 1950 las enfermedades retroceden espontáneamente, el castaño se abandona progresivamente como especie cultivada. Según los casos, los sotos más bajos y de menor pendiente se transforman, hoy como ayer, en praderías, tierras de labor o en viñas; se sustituyen por resinosas o se abandonan. El pino marítimo en Galicia y Portugal, ; las quercíneas en Córcega, los alisos en Campania, los pinos silvestres en Ardèche se difunden a expensas del castañar.

En la actualidad, si bien se consume la castaña regularmente en algunas casas de Cévennes, Córcega, Calabria o Tras-os-Montes, en general, ha pasado a ser una golosina y un producto de lujo. Mientras siguen desapareciendo los castañares marginales, su cultivo se ha hecho rentable gracias a la selección de variedades, a la elaboración de recetas y al apoyo de los sindicatos de producción y del Estado. La mayor parte de la producción se consume fresca, el resto se transforma en "marron glacée" y en confituras. A pesar de los esfuerzos de los cultivadores que quedan en Francia, éste país tiene que importar de Italia y España, mientras Italia ha conseguido satisfacer la demanda interna y exportar a todo el mundo, siendo el principal productor de "marrons".

El castaño, árbol muy rústico, se difundió por los suelos más pobres del sur de Europa occidental, llegando a ser el único cultivo en algunas regiones y el alimento de las clases más desfavorecidas, se ha convertido en golosina y confitura de lujo que permite mantener plantaciones saneadas fitológica y económicamente.— TOMAS CORTIZO.

RESEÑAS

SORZABAL ESNAOLA, Koldo: *Pastores euskaldunes en América. La cuenca del Bidasoa, auténtico semillero de pastores*. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria, 1992, 261 págs.

La emigración hacia América ha tenido, en ocasiones, rasgos muy particulares. Desde el valle del Bidasoa (principalmente de la zona de Cinco Villas), del Baztán y desde el territorio francés próximo a la frontera ha partido una corriente migratoria, exclusivamente masculina y con edades más comunes comprendidas entre los 16 y 30 años, hacia los estados del Oeste americano, donde los hombres trabajaban como pastores ovejas. Hay una cierta especialización según los lugares de origen: mayoría de navarros en Wyoming, Colorado y Ne-